

gen que nunca tuvo afecto á cosa alguna criada, que despreció la hermosura, holló el oro alucinador, miró con horror la brillantez del fausto y de la ostentacion, se burló de los honores, abandonó las promesas mas halagüeñas, renunció á sus sentidos, sacrificó su voluntad, se abrazó con la cruz, devoró las amarguras, y se hizo una víctima de amor por Jesucristo en quien contemplaba el tipo de la belleza, el origen del honor, las verdaderas riquezas, el bien sólido y permanente, y su única felicidad. Por eso le buscó con tanta solicitud, corrió en pos de él con tan vivas ansias, y hallado que le hubo, le estrechó en su seno y no le dejó separar jamas de su lado, pudiendo decir en toda la verdad de la expresion, que fué toda de Jesucristo por la fidelidad y constancia de su amor: *Ego dilecto meo*. Réstanos ver cómo Jesucristo fué todo de Gertrúdis por la efusion extraordinaria de dones y gracias con que la correspondió: *Et dilectus meus mihi*. Este será el asunto de la

SEGUNDA REFLEXION.

Los espíritus fuertes, segun el idioma filosófico de la época, esos hombres despreocupados que mejor llamaríamos incrédulos sistemáticos, mal avenidos con todo cuanto dice relacion á apariciones, revelaciones y demas gracias con que Dios se ha dignado honrar á veces á ciertas almas privilegiadas que uniera á sí por medio del amor, han pretendido en sus escritos llenos de hiel oscurecer la gloria de aquellas á quienes tales gracias se han concedido, como si el que criara al hombre para su gloria no fuese dueño de comunicarse á él cuando le place, ó fuese cosa indigna de su majestad el corresponder con una paternal condescendencia á la fidelidad con que le aman sus hijos. Si así fuese, preciso nos seria renunciar á hacer el elogio de la ilustre vírgen Gertrúdis, y nada ó casi nada pudiéramos decir de los extraordinarios favores con que la distinguió su divino esposo Jesucristo: pues que todo cuanto en este punto sabemos nos viene por el conducto de unas revelaciones autorizadas por la columna y fundamento de la verdad. Los católicos, pues, sin dejarnos alucinar de novedades misteriosas, acatamos y veneramos lo que la iglesia ilustrada por el Espíritu santo acata y venera; y de aquí cuanto ella propone á nuestra edificacion y ejemplo nos es sobremanera respetable. Bajo este concepto no podemos

ménos de admirar lo que los escritos autorizados por esta madre sábia nos han trasmitido acerca de la union íntima con que Jesucristo se estrechó con esta vírgen insigne, del amor afectuoso y tierno que la manifestó, de los favores en fin con que correspondió á su ardentísimo amor.

Oh! ¿quién no se llenará de admiracion al oír á nuestra santa decir que su amado la habia aprisionado con cadenas de oro de finísimo amor para tenerla siempre eslabonada con su propio corazon? Pero mas de todo punto se acrecerá el asombro al escuchar lo que el mismo Jesucristo dijera á un alma que le rogaba por Gertrúdis: « Yo soy todo suyo; á ella me he entregado, prisionero de su pureza y santidad; porque el amor de « la divinidad la ha unido tan inseparablemente á mi corazon, « que la ha hecho una misma cosa conmigo, bien así como el « oro y la plata derritiéndose en el fuego se mezclan é identi- « can en un mismo metal » (1).

¡Oh amor, exclamaré aquí con san Lorenzo Justiniano, tus lazos son mas fuertes que el hierro, y mas duras que el bronce tus cadenas. ¡Tú solo eres capaz de aprisionar á todo un Dios! No exagero, señores: la union de Jesucristo con Gertrúdis era tan íntima, que parece no podia llegar á mas alto grado. Reinaba entre ambos una correspondencia recíproca de afectos, de deseos y de amor. Si Gertrúdis tenia todos sus pensamientos fijos en su amado y no anhelaba sino complacerle, Jesucristo, empeñado en complacer á su santa esposa, multiplicaba sus dones y derramaba abundantemente sus carismas celestiales en aquella alma que era el centro de sus complacencias. Ora apareciéndose á ella en su fervorosa oracion, traspasa su seno con una flecha de oro que abrasa sus entrañas y enciende en su corazon una llama dulce y deleitable al par que activa é inextinguible. Ora dejándose ver radiante de gloria y de majestad, desbrocha su pecho y la descubre los mas recónditos secretos de su amor, y los mas elevados misterios de su divinidad. Aquí le veréis, que entregándola en una vision misteriosa su corazon amante, protesta que quiere ser suyo para siempre y la reitera los testimonios mas afectuosos de su adhesion sincera y constante. Allí le contemplaréis imprimiendo en el de su amada su

(1) *Vida de santa Gertrúdis por el P. Fr. Juan de Castañiza, parte 1. cap. 13. pág. 79.*

imágen perfectísima en prueba de la complacencia con que admite sus obsequios. Ya conversa con ella familiarmente y la manifiesta los mas vivos deseos de continuar su union hasta el fin. Ya.... Pero baste, católicos, no intentemos llevar á cabo una empresa cuyo éxito jamas corresponderia á nuestros débiles esfuerzos. ¿Cómo pudiéramos reducir á los estrechos límites de una oracion lo que ha dado materia á muchas sabias plumas para escribir libros enteros en elogio de esta vírgen portentosa? Decir que como el patriarca Jacob mereció ver al Señor, no una sino muchas veces, ya en misteriosos sueños, ya en maravillosos éxtasis que arrebatando su espíritu de la tierra la hacian experimentar las inefabes delicias del empíreo; decir que como Moises tuvo la inexplicable dicha de conversar con la divinidad y recibir de la boca misma del Omnipotente las leyes mas sabias, los preceptos mas santos y los mas sublimes documentos de virtud para utilidad de las almas: decir que como Samuel mereció oír la voz del que habita en el santuario, que veces mil la llamára por su propio nombre para revelarla el estado de los que se hallaban cautivos de la culpa, y anunciarla el porvenir de muchas gentes sumidas en el profundo sueño de la muerte espiritual; decir que como la esposa de los Cánticos, ni hora ni momento alguno habia que no fuese junto á sí al dueño de su corazon, que con saetas encendidas de amor heria vivamente su virginal pecho, complaciéndose en la hermosura de su alma, en el candor de su inocencia, en la pureza de sus intenciones y en lo heróico de sus sacrificios; decir, en suma, que frecuentemente la prodigaba los tiernos dictados de esposa, de amada, de paloma, y otros mil á cual mas cariñosos y expresivos; todo esto es nada comparado á lo que nos vemos obligados á omitir en gracia de la brevedad, pues el tiempo nos urge y nos es fuerza recoger velas en el océano inmensurable de dones y gracias con que Gertrúdis fué enriquecida por Jesucristo.

Acercábanse los momentos en que Jesucristo queria perfeccionar aquella union que habia contraído con su esposa Gertrúdis. Llegaba el fin de los días de esta cándida paloma, y el esposo divino, redoblando, si así puedo expresarme, su amor hácia ella, multiplicaba sus favores y la colmaba de dones celestiales. Ya habia impreso en su corazon todos los caracteres de su pasion, haciéndola participante de sus llagas sacratísimas;

habíala dotado de los conocimientos mas profundos acerca de su esencia y de sus atributos inefabes; habíala en fin embriagado de aquellas delicias precursoras de la eterna bienandanza del cielo. Solo restaba romper los lazos de la mortalidad que la tenian asida á la tierra. En efecto el esposo la llama; su melodiosa voz déjase oír de Gertrúdis en un dia de Pascua de Navidad: « Ven, esposa mia, la dice, levántate y ven, mi paloma, muéstrame tu rostro en la abertura de la piedra. » ¿Quién podrá concebir el júbilo que experimentó el corazon de nuestra santa con este nuevo favor? La piedra lanzada de una altura prodigiosa no se precipita hácia su centro con tanta velocidad como Gertrúdis se lanzó hácia aquel objeto amado tan luego como supo que se aproximaban los instantes de unirse con él inseparablemente. « Jesus mio, exclamaba toda fuera de sí, amor de mi corazon, deseado y pedido millares de veces de mi alma, ¿cuándo vendrás? ¿cuándo cumplirás mi deseo y satisfarás mis ansias? Ven, ven y no tardes, Rey de las alturas, príncipe de las eternidades, señor bueno, esposo amado, cumplimiento de mis deseos y descanso de mi alma. Sin tí no estoy en mí: contigo tengo vida; ausente de tu vista todo es muerte, afliccion y dolor.... Mi alma tuvo sed de tí, Dios y Señor mio, fuente de aguas vivas, fuente de vida, fuente de salud, ¿cuándo será su suerte tan dichosa que se vea en tu presencia para beber aquel agua que apaga la sed eternamente?... ¡Ángeles del cielo, santos de la gloria, decid á mi esposo que estoy enferma de amor » (1)!

Con estos afectos se preparaba Gertrúdis para el dia de su muerte; y Jesucristo, á fuer de amante apasionado, queriendo manifestarla en aquellos extremos momentos todas las finezas de su corazon, se la apareció, estando ya próxima á rendir el último aliento, acompañado de su santísima Madre, de san Juan Evangelista y de una numerosa corte de ángeles y bienaventurados. ¡Qué instante tan delicioso! El esposo divino inclina hácia ella su rostro, y con voz risueña la dice: esposa mia, llegado es el tiempo de unirme á tí.... y abriendo su divino corazon encerró en él aquella alma dichosísima y la trasladó al seno de la inmortalidad.

¿Hablaré ahora de los prodigios que el Señor se dignara

(1) *Vida de santa Gertrúdis, part. 3. cap. 3. pág. 291.*

obrar por medio de su esposa? ¿Referiré las diversas gracias con que honró la memoria de la que tanto habia distinguido con su amor? ¿Os mostraré su sepulcro adornado de mil insignes trofeos que atestiguan su poderoso valimiento para con el Rey de los cielos? No, católicos; baste lo dicho para persuadirnos de la verdad de nuestro aserto, á saber, que Jesucristo, satisfecho del amor de Gertrúdis, correspondió de un modo prodigioso á la fidelidad y constancia de su esposa; que nada escaseó para manifestarla una adhesión singularísima, un afecto sobre manera tierno, una unión de voluntad perfecta; que fué en suma todo de su amada, así como ella habia sido toda de él: *Ego dilecto meo et dilectus meus mihi.*

¿Quién no admirará, católicos, los portentosos efectos del amor divino, y las trasformaciones incomprensibles que obra en las almas que de él se hallan poseídas? Él las eleva sobre todas las cosas terrenas, las hace gustar de antemano las delicias de la inmortalidad, conviértelas en seres divinizados, estréchalas apretadamente con el autor de todo bien y las desposa con su Verbo que es Jesucristo. Así se verificó en nuestra ilustre vírgen Gertrúdis. Amó á su celestial esposo, le amó fiel y desinteresadamente, le amó con constancia y sinceridad, le amó por lo que es, por lo que merece, no por lo que de él esperar pudiera; y por eso fué correspondida con un amor tan íntimo, que el mismo Jesucristo se complació en declarar á una alma privilegiada, «que la habia incorporado á sí con toda la virtud «de su divinidad, y que su corazón deífico se enternecía á presencia del corazón de su sierva, á la manera que un copo de «nieve se entenece y liquida al contacto de un fuego abrasador (1).»

¡Pluguiese al cielo, amados oyentes, que nuestros corazones se encendiesen en este fuego sagrado, y que al escuchar las grandezas que el Señor obró en su amada vírgen Gertrúdis, nos animásemos á seguir sus huellas, amando á nuestro dulcísimo Jesús con igual fervor é idéntica constancia que ella le amó! ¿Y qué cosa hay que pueda impedirnoslo? ¿Por ventura nuestro estado? ¿No puede el hombre llegar á unirse con su Dios con un amor perfecto, sea cual fuere la clase en que se halle colocado? Si como Gertrúdis no somos todos igualmente llama-

(1) En el lugar cit., part. 1. cap. 14. pág. 84.

dos á la soledad de los claustros, ¿acaso en el siglo no podemos formarnos una soledad para vivir unidos con Jesucristo y conversar con él continuamente? ¿No nos está mandado á todos indistintamente que amemos al Señor Dios nuestro con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma y con todas nuestras fuerzas? ¿Cómo pues nos seria posible dispensarnos de esta ley que comprende á todas las clases, á todas las edades y á todos los estados sin excepcion alguna? Amemos pues, católicos, á Dios y á Jesucristo su divino hijo, cumpliendo exactamente los preceptos de su ley santísima, y no dudemos que el Señor nos amará tambien, y segun la palabra de su Unigénito, hará mansion en nosotros; su corazón se unirá al nuestro, nos hará todos suyos, no habrá cosa que de él pueda separarnos; y despues de haber experimentado en esta vida los efectos de su amor inefable, llegará un momento en que, dulcemente embriagados con aquel licor celestial, descansaremos en su seno para disfrutar eternamente los goces de la inmortalidad.

Todo lo esperamos de tus fervientes ruegos ¡oh ilustre y bienaventurada vírgen Gertrúdis! Si tanta fué la violencia de tu amor á Jesucristo mientras viviste, que arrebataste su corazón y le hiciste como tuyo, en fuerza de la unión que con el tuyo verificó, ¿qué no podrás ahora que extranjera á las influencias de este mundo corrompido, te huelgas con tu amado y gustas las delicias inefables de su divina presencia? Interpon pues tu mediación ante su trono eternal; pide á tu dulce esposo se digne comunicar á nuestros pechos aquella llama amorosa que en el tuyo ardiera, para que unidos á él inseparablemente, le veamos, le amemos y le gocemos por eternidades en la gloria.